

EL FUNDAMENTALISMO

José Antonio Lobo

Estamos viviendo una actualidad política y religiosa especialmente marcada por problemas de carácter fundamentalista. De todas maneras no es éste un fenómeno nuevo. Como todo, cuando nos afecta más directamente y lo sentimos más próximo, nos asusta más.

El fundamentalismo es una realidad, potencialmente, presente en todas las manifestaciones culturales, pero que se hace más evidente cuando la inmediatez de las informaciones nos lo sirve diariamente, de forma repetitiva. No quiero con ello decir que es un fenómeno irrelevante y la preocupación por el mismo una medida excesiva; nada más lejos de mi intención: por el contrario, lo encuentro especialmente importante como fenómeno cultural a interpretar; y más urgente si, además, aparece radicalizado por distintas formas de muerte: ejecuciones sumarias, asesinatos, atentados masivos con bombas, etc. Entonces, su dramatismo convierte a unos en héroes (salvo en muy raras ocasiones, involuntarios) y a otros en "mesías" portadores de un mensaje, en último término, de miedo y de terror. Por eso quiero, con esto, manifestar mi convicción de que en toda forma política o religiosa se puede esconder una pretensión de fundamentalismo, y éste está, especialmente, presente en aquellas formas de expresión que han prescindido del diálogo y el respeto por las personas, a la hora de afrontar el complejo problema cultural, de lo político y de lo religioso.

El fundamentalismo consiste en identificar una fe religiosa o una simbología política social con la forma cultural e institucional que tuvo en una época anterior; esta identificación puede ser hecha tanto en forma histórica (ideológica), como mítica (monopolizando la idea de símbolo). Es una manera de fetichizar, es decir, de identificar verdad absoluta con ideología, en su forma más negativa.

Esta nuestra es una época de grandes contrastes, es un tiempo globalizador y universalizante y, al mismo tiempo, de manifestaciones nacionalistas y territoriales. Por ello, el funda-

mentalismo se convierte, en muchas ocasiones, en la fuerza de resistencia a los procesos globalizadores. Y así, los enfoques parciales, hechos desde una óptica integrista, resultan letales. Por eso aquellos problemas que generan integrista: la forma de gobierno, el papel de la religión, la absolutización de los medios económicos, el significado de la cultura o la definición de la personalidad nacional, no pueden hacerse por medio de la concertación entre minorías, sino que tiene que ser fruto del diálogo social y religioso, así como del debate de ideas que resuelva la crisis de autoridad, confianza e identidad política.

No es irrelevante el papel que ha jugado la cultura occidental, su modelo de progreso y desarrollo, en los países que hoy conocemos como Tercer Mundo, en la aparición y la expansión del fundamentalismo. Tampoco lo es la forma que el reencantamiento ha tenido en el seno de las sociedades desarrolladas.

Para Max Weber, el fenómeno de racionalización de la cultura moderna producía un desencantamiento del hecho religioso. La secularización daba paso a una eliminación de lo mágico, que, a medida que institucionalizaba el mundo de la ciencia, hacía disminuir la influencia de la religión. Pero en este proceso la religión salió revitalizada, más madura, y fundamentó una moral que, al andar del tiempo, devino más autónoma y posibilitó el establecimiento de espacios diálogo y entendimiento. Pero ningún proceso social está libre de producir su efecto inverso. Lo mismo que en un momento tuvieron lugar los procesos de desencantamiento, hoy vivimos un reencantamiento, que consagrando lo profano ha dado lugar a nuevas formas de "religión" (actitudes religiosas de corte fanático y fundamentalista), "para-religión" (las nuevas formas culturales de la modernidad: deporte, moda, sexo, drogas, etc.) o actitudes supersticiosas y fanáticas (racismo, xenofobia, sectas, formas de adivinación del porvenir y formas de nacionalismo exacerbado).

El inmovilismo como expresión de negativa a todo cambio, la

intolerancia como combatividad intransigente, la tradición como justificación de una actitud anclada en el pasado, la negación a reconocer los valores propios de la cultura secular son, en definitiva, las notas características del fundamentalismo. Inclusivismo (mítico) y exclusivismo (como instrumento estructurador del orden social) serían dos modos operativos, que resumirían el proceso de la actitud fundamentalista misma.

Son muchas las manifestaciones fundamentalistas que conocemos: tanto en el integrismo occidental (científico, estalinista y romano), como en el islámico (argelino, iraní, saudita e israelí). No creo que la descripción somera de todos ellos nos aportase mucho. De todas formas el hecho nos ha parecido tan importante que hemos decidido centrar la reflexión en cuatro aspectos especialmente relevantes en nuestro entorno cultural y personal: el económico, el religioso, el cultural y el político.

El fundamentalismo religioso

La presencia de actitudes fundamentalistas en el campo religioso salta a la vista de cualquier observador. Los deplorables hechos perpetrados por fundamentalistas islámicos son expresión de su vigencia dentro de la religión musulmana. Es más, es tal la fuerza y frecuencia con la que tales expresiones son difundidas que, en este caso, lo que conviene señalar es que no existe una identificación entre religión musulmana y fundamentalismo, pues afortunadamente dentro de esta religión hay millones de creyentes, y son la mayoría sanos, sinceros, abiertos y que nada tienen que ver con esos hechos y actitudes fundamentalistas.

Sin olvidar, pues, la existencia de expresiones fundamentalistas en otras religiones diferentes de la nuestra, la religión católica, vamos a hacer un somero análisis de lo que ocurre a este respecto en la Iglesia católica, pues es lo que directamente nos concierne o más nos puede afectar. También en ella es detectable la presencia e incluso el auge de las actitudes fundamentalistas.

En realidad, se trata de una tentación que ha acompañado a la Iglesia católica a través de toda su historia, cayendo frecuentemente en ella. El fanatismo, la intolerancia, el dogmatismo, la intransigencia y los intentos de ejercer un control ideológico sobre las conciencias han acompañado el discurrir y la vida de la Iglesia. La Inquisición es el ejemplo extremo, pero también lo son las reacciones negativas que a través del tiempo la Iglesia ha tenido frente a las variantes del "modernismo": la dificultad a la hora de adaptarse a los cambios históricos y, como consecuencia, el involucionismo, el restauracionismo y el conservadurismo o el intento de vivir más anclada en el pasado que pendiente del futuro han sido, por desgracia, más que una tentación en la vida de la Iglesia.

Mirando al presente, los síntomas del fundamentalismo no sólo no escasean, sino que parecen estar en claro auge. Los grupos marcados por las notas típicas de los fundamentalismos religiosos proliferan dentro de la Iglesia. En la mente de todos está el caso de "monseñor Lefevbre", paradigma de lo que es el fundamentalismo religioso, pero también están otros muchos grupos, cuya lista cada uno puede hacer, que no distan mucho de ese talante o modo de entender y vivir la fe religiosa.

Con ser importante ya esa primera expresión del fundamentalismo católico, la existencia de grupos de cariz fundamentalista, más grave todavía, parece ser que un cierto talante fundamentalista recorre el conjunto de la Iglesia y no es ajeno a las directrices emanadas desde El Vaticano y lideradas por el actual pontífice. Se ha hablado a este respecto de que una cierta "nostalgia del preconcilio" recorre la espina dorsal de la Iglesia católica. De un obispo español se cuenta que llegó a decir: "a mi el Concilio ha enseñado muy poco". Esta frase y la actitud general perceptible en el actuar de la Iglesia jerárquica en su conjunto apuntan hacia una mentalidad bastante clara, que se podría describir así. El Concilio estuvo bien, pero a partir de él se produjo tal vendaval dentro de la Iglesia, tal desbarajuste, que ha llegado la hora de poner las cosas en orden y de hacer volver las aguas desmadradas por dicho vendaval a su curso. Esta actitud es la que ha sido definida como "involucionismo" y "restauracionismo".

Sus expresiones más claras y que muestran a la vez el cariz fundamentalista de esta actitud han sido denunciadas ya por muchos dentro de la Iglesia. Nos limitamos a recordarlas. Una es la vuelta al centralismo vaticano, frenando el impulso de la colegialidad asumida por el Concilio Vaticano. Otra, la recuperación del dogmatismo con el consiguiente control ideológico ejercido sobre los teólogos y sobre los profesores de los centros eclesiásticos de formación. Es curioso a este respecto el contraste entre las duras condenas que han pesado sobre los teólogos de carácter más abierto y los enormes esfuerzos que se hicieron por atraer a los integristas lefevbrianos, que terminaron por integrar a muchos de ellos sin imponerles excesivas condiciones. Y la tercera y última es otra recuperación no menos sintomática, la de un cierto "etnocentrismo occidental", que aplicado a este campo religioso se traduce en dar por sentado que en el fondo sólo existe una expresión válida de la fe, y ésta es, naturalmente, la occidental. En su primera visita a España, hablando en Santiago de Compostela, Juan Pablo II se refirió a Europa en los siguientes términos: "¡Europa..., redescúbrete a ti misma, sé tú misma! ¡Halla tus orígenes! ¡Aviva tus raíces! ¡Resucita tus valores auténticos, que hicieron gloriosa tu historia, y benéfica tu presencia en los otros continentes!". El subrayado es nuestro, queriendo resaltar con él que la frase denota un cierto etnocentrismo o eurocentrismo poco compatible con el diálogo intercultural e interreligioso exigido por el hecho del pluralismo cultural y religioso.

Fundamentalismos político y económico

No hay duda de que se da una profunda conexión entre todos los campos o dimensiones de la vida y que, por tanto, los fenómenos que se dan en cualquiera de ellos también tienen vigencia en el resto. La presencia y el auge del fundamentalismo no es sino un ejemplo más. Por eso, si hemos advertido su presencia en el campo religioso, ahora pasamos a ver cómo tiene su contrapartida o repercusión también en los campos político y económico.

El fundamentalismo político, que mantiene un dogmatismo

parecido al religioso, consiste en aceptar como únicamente válido un modelo de organización política y en la actitud consiguiente de intentar imponérselo a los demás, ha sido también suficientemente estudiado y frecuentemente demostrado. Del mismo existen ejemplos en todo el espectro político. El fundamentalismo de izquierdas ha sido ejemplificado por el llamado "socialismo real", que habría pasado de ser una dictadura del proletariado a ser una dictadura del partido único sobre el proletariado. Y del fundamentalismo de derechas los ejemplos son demasiado numerosos. En Francia, paralelo al "caso Lefebvre" en el campo religioso, está el "caso Le Pen". El aumento de votos que ha ido obteniendo por parte del electorado en los distintos comicios celebrados en aquel país, a pesar de ser un partido marcadamente fundamentalista, nazi, racista y xenófobo, pone de relieve el auge del fundamentalismo político en Europa. Y no se trata de un fenómeno exclusivo de Francia, pues en otros países está ocurriendo algo parecido, como demuestra la creciente proliferación de grupos nazis y racistas, protagonistas de atentados no menos deplorables que los cometidos por los integristas islámicos más arriba reseñados.

El fundamentalismo económico ha merecido quizás menos atención, pero no deja de ser, a nuestro juicio, ni menos real ni menos peligroso y nefasto. Entendemos como tal el intento de presentar como únicamente posible y válida una determinada visión de la economía o modelo económico. De su vigencia y auge da fe la machacona insistencia con la que, desde los más variados ámbitos, se viene repitiendo que el modelo de la economía neoliberal es, tras el fracaso de otras alternativas, el único modelo válido y posible. En este mensaje insistente, si no se llega a decir que es un modelo perfecto, sí se le propone como el más correcto y el único posible.

Este fundamentalismo económico, a pesar de merecer menos atención, quizás sea el más peligroso y pernicioso. Lo es porque suele falsear los problemas al ignorar sus verdaderas causas. Hacer de los emigrantes, por ejemplo, el chivo expiatorio del problema del desempleo, es falsear el problema al poner las causas del mismo donde no están. La verdadera causa está precisamente en el fundamentalismo económico, en querer imponer a trancas y barrancas un modelo económico único, ignorando las terribles consecuencias que se está trayendo, y que se traducen en pobreza, paro y marginación para la mayoría de la población mundial, afectando de manera especial a las poblaciones del Tercer Mundo, pero resistiéndose asimismo sectores cada vez más importantes de los países ricos.

El fundamentalismo económico es también pernicioso porque está matando la esperanza en mucha gente, que en otro tiempo movilizaba su mente y sus energías en la búsqueda de modelos alternativos de economía y de vida. Ahora, una ola de "conformismo" ha sepultado en gran medida la fe que antaño había en la utopía de una sociedad diferente, más justa y mejor.

Sobre el aspecto económico del fundamentalismo, nos parece especialmente sugerente la reflexión que cuando la ciencia, in-

cluida la economía, absolutiza sus conclusiones, pierde su estatuto de ciencia y cae en la trampa fundamentalista.

El fundamentalismo cultural

Terminamos nuestra descripción con esta otra cara del fundamentalismo, no porque sea la última, sino porque nos parece también importante. Religión, política y economía son elementos esenciales de la cultura. Por eso, al hablar aquí de fundamentalismo cultural, nos queremos referir a un hecho muy concreto, a saber: a la firme creencia en la superioridad del occidente científico y técnico sobre los demás modos de vida supuestamente "contaminados" por una fidelidad retrógrada a las tradiciones, al fanatismo religioso, y diametralmente opuesto a la "civilización" y al "progreso", que se mide únicamente por el poder conquistado sobre la naturaleza y los hombres mediante la ciencia y la técnica.

Esta idea, que guió todo el proceso de la colonización de otros continentes por parte de Europa, sigue viva y actuando. Si la tildamos de fundamentalista es porque no deja de basarse en un dogma más, es de una visión histórica lineal de la humanidad, cuyo objetivo sería la "modernidad" occidental. Esta mentalidad, que penetra lo que hemos definido como fundamentalismo político y económico, resulta igualmente peligrosa, pues "ha conducido no sólo a negar o destruir las demás civilizaciones, sino a empobrecer la civilización occidental misma, al permitir que se atrofie, en nombre del individualismo, la dimensión de la comunidad, y en nombre del positivismo, la dimensión trascendente del hombre" (R. Garaudy)

¿Qué hacer?

Evidentemente, y tras estas pinceladas sobre la difusión y auge en nuestra sociedad del fundamentalismo, no vamos a pretender ofrecer en cuatro palabras la solución a un problema en sí complejo y difícil. Lo único que buscamos en este apartado final es lo siguiente. Primero, llamar la atención sobre su importancia y gravedad, y no sólo por su posible auge, sino por las consecuencias negativas que está produciendo ya al envenenar las relaciones entre las personas, entre las religiones y entre los pueblos y al llevar a otros efectos no menos negativos: pobreza y marginación en el campo económico; y ruptura del diálogo, intransigencia y dogmatismo en los campos político, religioso y cultural en general. Y, segundo, apuntar algunas pistas de cómo proceder en este asunto.

Desde luego al fundamentalismo no se le vence siguiéndole la corriente, ni queriendo congraciarse con él, como a veces se hace desde la política, con la vana pretensión de quitarle votos, sino desenmascarándolo a fondo. Tampoco la represión parece ser el camino más eficaz de quitarle fuerza, pues al contrario suele dar alas a sus convicciones. Las estrategias eficaces parecen apuntar en otra dirección. Se trataría de cavar el terreno sobre el que se apoya y del que recibe su fuerza. Y esto significa avanzar hacia enfoques globales de los problemas, hacia cambios radicales en la política frente al Tercer Mundo, en la política de desempleo y en el talante o modo de enfocar el necesario diálogo entre las diferentes culturas, pueblos y religiones.